

# EL ARTE

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Director: D. ELADIO LEZAMA.

## COLABORADORES.

Abarzuza (D. Ventura).  
Alarcon (D. Pedro Antón).  
Albaladejo (D. Tomás).  
Arnao (D. Antonio).  
Arrieta (D. Emilio).  
Alcalá Galiano (D. José).  
Bafart (D. Federico).  
Barbieri (D. Francisco Enjo).  
Benedicto (D. José).  
Blasco (D. Eusebio).  
Castro y Serrano (D. Jé).  
Catalina (D. Manuel).  
Chico de Guzman (D. Imón).

Coupigny (D. Juan).  
Céspedes (D. Dario).  
Casado (D.).  
Eslava (D. Hilarión).  
Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).  
Fortuny (D. Mariano).  
Fernandez Florez (D. Isidoro).  
García y García (D. José).  
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).  
Jimenez Delgado (D. Juan J).  
Jimeno Aguius (D. José).  
Jimeno (D. José Hedefonso).  
Jimeno (D. Roman).

Liniers (D. Santiago).  
Maroto (D. Eduardo).  
Mora (D. Juan de Dios).  
Mélida (D. Enrique).  
Pujol (D. Juan Bautista).  
Perez Cosio (D. Leandro).  
Romea (D. Julian).  
Sans (D. Francisco).  
Sanz (D. Enlógio Florentino).  
Selgas (D. José).  
Serra (D. Narciso).  
Trueba y Quintana (D. Antonio).  
Vega (D. Ricardo de la).

AÑO I.

DOMINGO 14 DE OCTUBRE DE 1866.

NÚM. I.

## SUMARIO.

A los lectores, por redaccion.—Revista dramática, por don Eladio Lezama.—Elollar de perlas, por don Santiago Liniers.—Soneto inédito de don Ventura de la Vega.—Al génio, pordon Manuel Fernandez Gonzalez.—Dos puertas, por don Juan José Herranz.—Erisio Rossi, por X.—Conciertos instrumentales, por don José Hdefonso Jimeno.—Variedades.—Advertencia.

## A LOS LECTORES.

Animado por nuestro amor a la literatura y a las Bellas Artes, y confiados en la indulgencia del público, presentamos hoy a nuestros lectores este primer número de EL ARTE como una muestra del modo con que vamos a cumplir el programa consignado en el prospecto.

Complidamente ajenos a toda idea de cálculo interesado y egoísta, y libres de pasiones y compromisos, al emprender esta publicacion sólo hemos pensado en que tal vez con ella podríamos prestar un servicio al país difundiendo la afición a la literatura y a las Bellas Artes.

Si al acometer tamaña empresa el resultado no corresponde a nuestras esperanzas, culpa será de nuestro pobre talento y de nuestras escasas fuerzas, que no pueden llegar a donde van nuestros deseos. El público juzgará.

Esperamos tranquilos su fallo, pues cualquiera que este sea, nunca se podrá desconocer el generoso móvil que nos anima. A falta de otro mérito, siempre nos quedará el de la noble intencion que ha puesto la pluma en nuestras manos.

## LA REDACCION.

## REVISTA DRAMÁTICA.

Dos novedades de cierta importancia se han visto en los teatros de Madrid en lo que va de temporada cómica. Un teatro que quiere mudar de vida cambiando el nombre, y otro que quiere remozarse con el juvenil vigor de un actor nuevo.

Yo no puedo decir aun si lo han logrado, pero la tentativa, a mi entender, es oportuna.

Al adoptar el teatro de *Variedades* la nueva denominacion de *Bufos madrileños*, parece indicar la intencion de consagrarse a un género de literatura determinado, comprometiéndose en cierto modo a no salir de los estrechos límites de la especialidad literaria que ha elegido.

El pensamiento no puede ser mejor. La division del trabajo se aplica tan fácilmente y con tantas ventajas a la literatura como a la industria.

Todos los teatros de Madrid han vivido siempre de esa manera singular y accidentada que caracteriza la existencia de ciertas gentes a quienes no se reconoce en la sociedad una funcion precisa y claramente definida.

Apenas habrá uno donde no hayan aparecido sucesiva, casi simultáneamente, la tragedia, el drama, la comedia, el sainete, la parodia, la farsa, la pantomima,



las obras de magia, los espectros luminosos, el baile, los prestidigitadores, los titiriteros, los saltimbanquis y, por fin, hasta los domadores de fieras con los animales feroces y los bichos raros. Si no se han dado en ellos corridas de toros es porque sus condiciones arquitectónicas presentan obstáculos insuperables.

A mí me agradan—es un suponer—las panteras y los osos blancos; pero me gustan en las casas de fieras y en los jardines zoológicos. A la luz del gas y entre bastidores de lienzo, esos animales me parecen de pega y me producen tan poca impresion como me haría una comedia de magia representada á la luz del sol y en las orillas del Oceano.

*Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa*, como dice un cartelón de la escuela de mi pueblo.

No vaya á deducirse de aquí que yo quiero un teatro para la tragedia, otro para el drama, otro para la comedia, etc., etc. No, señor. La division que yo quisiera ver establecida no se funda en esas clasificaciones que han inventado los pedantes y que muchas veces son puramente nominales y casi siempre oscuras é indecisas.

Y si no dígaseme, *La Desposada de Mesina* ¿qué es, tragedia ó drama? ¿qué es *Don Alvaro*, drama ó tragedia? ¿qué es *El Viejo y la Niña*, comedia ó drama? Podría multiplicar las preguntas y seria muy difícil dar una respuesta categórica.

No hay que pensar, pues, en distribuir por los casilleros de una vana y ridícula nomenclatura cosas que son muy parecidas en el fondo y que nunca deben separarse. *El Hombre de mundo*, *Marcela*, *El Trovador* y *Los Amantes de Teruel* tienen bastante conformidad de caracteres para que puedan vivir juntos bajo un techo.

En cambio ¿qué semejanza hay entre *Los Amantes de Teruel* y *Los Polvos de la madre Celestina*? Y cuidado que al establecer este antagonismo no pretendo que esta comedia sea mala: todo lo contrario; la cito porque de su clase no conozco ninguna mejor. Lo que yo quise decir es que las comedias llamadas de magia, por su carácter especial que las hace esencialmente distintas de todas las demas, necesitan otras condiciones de manifestacion, es decir, otro teatro, otros intérpretes y por fin, hasta otro público.

He aquí la razon por qué, segun mi modo de ver, los *Bufos madrileños* van á prestar un servicio á la literatura. Han elegido una clase de obras y van á cultivarla con cuidado sin derramar su atencion entre varias cosas y sin diseminar sus fuerzas sobre muchos puntos.

La eleccion del género podria haber sido mas feliz; yo al menos así lo creo. Sin embargo, la empresa no debe estar muy descontenta del resultado, si no en lo que atañe á la literatura, en lo que toca á su bolsillo. Váyase lo uno por lo otro. Verdad es que ha tenido la suerte de tropezar con una obra la más oportuna para inaugurar un teatro como el suyo.

*El Joven Telémaco* del Sr. Blasco se parece tan poco á una comedia, en la verdadera acepcion de la palabra, como las caricaturas de Cham á los dibujos de Flaxman. No por esto debe hacersele un cargo al autor, pues no ha pretendido otra cosa, y ha hecho, ni más menos que lo que era su intencion hacer. Ha querido

divertir al público y lo ha logrado por completo. ¿Qué buen humor respira toda la obra qué lejos se halla el espectador de recordar las reglas la critica! El mismo académico que al llegar á su casa encoje de hombros pensando en la obra, no ha podido menos de reirse al verla en el teatro.

Pedantes hay que apenas sale á la calle se avergüenzan y se arrepienten de haber estado contentos en la butaca; poco importa: la mayoría del público, que va al teatro—á ese sobre todo á divertirse, sale de allí muy complacida, pues la aleia del *Joven Telémaco* es contagiosa.

La ejecucion ha sido muy esmada, especialmente por parte de los Sres. Arderius y Ibero. La señorita Ruiz, que se ha estrenado en el papel de Eucaris, dice bastante bien y presta á la frase cierta intencion que no está fuera de lugar en los *Bufos madrileños*. Las ninfas han gustado mucho á los aficionados á la belleza plástica, pero ¿no seria conveniente olerar un poco el entusiasmo con que se hace aquella hibicion de piernas mitológicas?

La otra novedad de que hablé al principio es la aparicion en el teatro de *Novedades* de un actor completamente desconocido del público madrileño aunque muy apreciado en provincias. El Sr. Mata que es el actor á quien aludo, se ha presentado ante nuestro público rodeado de las circunstancias más desfavorables para que se hiciera justicia á su talento. El teatro era desconocido para él, por consiguiente el Sr. Mata no podia acomodar la inflexion de su voz á un local cuyas condiciones acústicas ignoraba; el papel elegido para su estreno, lleno de dificultades y ligado en la memoria del público al recuerdo de un distinguido actor, el Sr. Calvo, que lo hacia de una manera admirable; la compañía, salvo alguna que otra honrosa escepcion, muy distante de concurrir á completar el efecto de la obra; y por fin, el público, imparcial y accesible al entusiasmo, pero al mismo tiempo indisciplinado y bullicioso.

Con estas condiciones verificó su primera salida el Sr. Mata, y luchando con tantos inconvenientes logró hacerse aplaudir y ser llamado repetidas veces á la escena. Pocas veces he visto un triunfo más legalmente conseguido y sobre todo que más valor reciba de las dificultades que habia para alcanzarlo.

Yo que habia aplaudido al nuevo artista en *Jorge el Armador*, quise antes de formar sobre él un juicio definitivo estudiarle en el desempeño de otra obra. No sea, decia para mí, que le suceda lo que á ciertas niñas precoces que aprenden á tocar en el piano una sola pieza. He asistido á la representacion de *La Capañada* y el juicio que habia formado sobre el Sr. Mata se ha robustecido con esta segunda prueba.

Yo no diré que sea ya un grande actor, pero está en camino, en muy buen camino, muy cerca de llegar á serlo. Ninguna de las cualidades del verdadero actor le falta: figura, voz, entusiasmo, corazon, inteligencia.

El Sr. Mata ha venido aquí oscuro y desconocido, al menos para la gente de la corte que afecta ignorar ó desprecia arrogante todo lo que hay en provincias por más que valga; tan oscuro y desconocido que nadie habia hablado mal de él. Hoy empieza á labrar su reputa-



ción, quizás mañana sea célebre: prepárese el Sr. Mata á sufrir los ataques de la envidia.

La empresa de *Novedades* no cuenta solamente con este jóven actor para atraerse las simpatías del público; tiene además á Mariano Fernandez, y sabido es lo que vale el nombre de este distinguido artista.

Aunque ya se va haciendo esta Revista demasiado larga, no puedo por muchas razones dejar la pluma sin decir algo del teatro del *Príncipe*. De las pocas obras representadas en este teatro sólo voy á hablar de *Sullivan*.

Aquí pasa una cosa singular. No parece sino que sólo hay una cantidad fija de talento y que nadie puede acrecer su porción sino á espensas de la de otros; diríase que el mérito en el arte es un ejemplar único que sólo puede estar en manos de una persona.

Que hay un actor que se distingue en un papel; pues ya es imposible que en dicho papel haga ningun otro cosa buena. ¿Puede darse mayor absurdo? ¿Los que así piensan, creen por ventura que para ser recibido en el templo de la fama hay sólo un traje y que si uno lo ha de vestir es preciso que otro se quede en calzoncillos? ¡Pobre gente!

¿En qué perjudica la gloria de Rafael á la del gran Velazquez? Porque Rivera tenga un génio extraordinario, ¿hemos de pretender que sean unos ramplones el Tiziano y Rubens?

Ademas, esa manía de las comparaciones suele ser funesta aun para los mismos á cuyo favor se hacen. Generalmente sólo se procura deprimir á uno para que el otro quede más alto. ¿Se habrá elevado algo un artista hácia la region del ideal porque se hunda á sus rivales en el fango? ¿No es desconocer el génio tratar de que se halle á más altura rebajando todo lo que se encuentra á su alrededor? ¿No es negarle que tiene alas?

Yo he visto á Rossi hacer el *Sullivan* y me ha parecido admirable; yo he visto á Romea hacer el *Sullivan* y me ha parecido, como siempre, admirable. ¿Esto, qué prueba? Que ambos son, á mi entender, grandes artistas. Me alegro por ellos, por mí, por todo el mundo.

Lo único bueno que podría resultar de estas comparaciones hechas sin pasión,—¡cosa difícil!—es que cada uno entienda el arte á su manera. ¿Y qué? Tampoco Homero se parece al Dante.

Si despues de esto yo no gasto aquí dos líneas en decir que D. Julian Romea es un gran actor, que me lo agradezcan mis lectores, pues les ahorro el leer lo que ellos saben, y que me lo agradezca tambien el Sr. Romea, pues no le hago la ofensa de suponer que me necesite como testigo para probar su gloria.

Vamos á otra cosa.

El teatro de *Jovellanos*, antes de la *Zarzuela*, debe abrir sus puertas muy en breve. El público tiene ya noticias de las grandes reformas que se han hecho en este coliseo y del lujo con que ha sido decorado.

En cuanto á la compañía que ha de trabajar en él basta citar los nombres de las señoras Matilde Díez y Teodora Lamadrid y de los señores Catalina, Oltra, Mario, Casañé, Pastrana y Esteso. Hay además otros jóvenes actores de indisputable mérito.

El Sr. Catalina, tan buen actor como inteligente y activo empresario, cuenta ya con varias obras originales de nuestros más distinguidos escritores.

Le deseamos y le auguramos buen éxito en su empresa.

ELADIO LEZAMA.

## EL COLLAR DE PERLAS, CUENTO INVEROSIMIL

POR D. SANTIAGO DE LINIERS.

### I.

¡Pero cómo se querían! Aquello era un frenesí; la vida les parecía corta para decírselo cinco ó seis veces al día, ya enviándose la celestial frase de *te adoro* desde el cuarto tercero á la calle y desde la calle al cuarto tercero, sin miedo de que se quedase enganchada en las ramas secas de los tiestos del principal ó en los mojados pañales del segundo, ya murmurándola al bajar las escaleras del palco por asientos, ya confundiéndola con el ruido de un coche y ocultándola á la indulgente severidad de un padre respetable al volver una esquina, ya introduciéndola furtivamente en una disensión sobre eleccion de estambres habida á la puerta de una tienda de sedas.

Todas las marcas de los papeles les parecían pequeñas para escribirse, y cada uno llenaba todos los días más espacio que *La Razon Española* (periódico) en sus buenos tiempos, repartiéndose tres entregas diarias de la sublime novela que juntos hilaban sin ocuparse para nada de su desenlace. Y cuando ni de viva voz ni por escrito podían decirse esa palabra tan vieja para los jóvenes y tan jóven para los viejos; cuando ni los frescos lábios de ella le decían *te quiero mucho*, ni la cariñosa desconfianza de él, hablando por su boca, le contestaba *te querré siempre*, sus ojos, esa lengua del alma que todos hablan sin temor de cometer barbarismos y que todos escriben al corazón del que la siente sin que eche de ver ninguna falta de ortografía, entablaban entretenidos y prolongados diálogos, que molestaban como los trinos de los jilgueros y el canto de las codornices al sesudo empleado que se encaminaba á la oficina y á la enjuta y carriarrugada maestra de piano que á paso de carga iba á dar su leccion de á dos duros la hora.

¡Cómo se querían!

Se habían conocido en cualquier parte, se habían hablado en cualquier ocasion, se habían dicho cualquier cosa; él la había ofrecido una flor, ella la había aceptado poniéndose más encarnada que la flor misma (si la flor era encarnada), ó palideciendo de emocion al recibirla (si la flor era blanca). Despues ella le había dicho que era un coqueton y que le había conocido cinco novias, y él la había ponderado hasta qué punto la creía insensible, y qué pocas esperanzas tenía de que pudiese querer á un hombre; despues... ella había empezado á conocer que bien pudiera ser tan afortunada como la quinta novia del mancebo, y él que acaso fuese aquel hombre inverosímil á quien ella quisiese; des-



pues... ambos quedaron plenamente convencidos de que se adoraban, y casi al mismo tiempo se adoraron.

¿Cómo se querían!

Él era pobre y empezaba una carrera que no era fácil concluyese, quedándose todos los días a la mitad del camino de la academia; ella tampoco era rica ni nunca se le había ocurrido serlo; á los dos les parecía tan natural que el mismo que les alimentaba el corazón les había de alimentar el estómago, que se hubiesen reído en las narices del que hubiera tratado de demostrarles que aquella era una teoría socialista.

Ni ella había tomado *informes del muchacho*, ni él había gulusmeado cuánto pudiera ser el dote de la chica; por eso hemos dicho en letras gordas que este es un cuento inverosímil.

¿Cómo se querían!

En el tiempo de las violetas (flor puesta por Dios al alcance de todos) ella le echaba todos los días por el balcón un ramito que se quitaba del pecho, haciéndole portador de un beso que disminuía su frescura, pero que aumentaba su aroma.

Él tenía ya tantos *ramitos de violetas*, que puestos en infusión hubiesen podido curar todos los constipados que se cojen en Madrid todos los años, sin esceptuar los crónicos que durante el invierno acongojan al sesudo empleado en su oficina, y hacen perder la dignidad á la enjuta y cariarugada maestra de piano en sus lecciones de á dos duros la hora.

¿Cómo se querían! Les digo á ustedes que aquello era un frenesí.

## II.

Ella se llamaba Irene, dulce nombre sobre todo cuando uno puede hacerle suyo diciendo *Irene de mi vida*, y él se llamaba Fernando para todos, y Fernando mío sólo para Irene.

Algunos puede que crean que con cualesquiera nombres se hubiesen querido; yo no puedo persuadirme de que su cariño hubiera sido igualmente profundo llamándose él Zenon y ella Ruperta. ¿Para qué he de cansarme tampoco en describirlos? Irene pudiera ser rubia; sus rizos pudieran confundirse con su nacarado rostro, sus ojos pudieran ser dulces, su nariz fina y aguileña, su boca tímida y sonriente, sus mejillas prontas á palidecer y á enrojecerse, la tez de su frente confidente indiscreta de sus castos y serenos pensamientos.

Pudiera ser igualmente morena, de ardiente mirada, provocativos labios, de abundantes y negros cabellos que indóciles, como las traviesas ideas que debajo de ellos cruzasen, se insubordinaran al pesado yugo de la moda cayendo sobre una espalda llena, redonda y lujuriosa como la de la Venus Antigua.

Pudiera ser también pálida, de triste sonrisa, de talle delgado y flexible, de mirar adormecido y pensativo, en el que sólo brillase á intervalos, como la estrella que rápida ilumina el firmamento perdiéndose enseguida en la oscuridad, la luz embriagadora del deseo, el moribundo fuego del amor satisfecho ó la asoladora llama de la implacable venganza.

De cualquier manera que fuese, Irene era una mujer encantadora para Fernando.

En cuanto á Fernando también fuese como fuese era un hombre, y á Irene le parecía mejor que todos los demás hombres, como cualquier hombre le hubiera parecido mejor que Fernando si se hubiese llamado Fernando y ocupado en su corazón el mismo lugar que Fernando ocupaba.

Ambos eran jóvenes; yo no he visto sus partidas de bautismo, pero bajo mi responsabilidad me atrevo á asegurarlo.

Ambos eran muy felices, yo no se los he preguntado ni ellos me lo han dicho, pero bajo mi responsabilidad me atrevo á creerlo, y les autorizo á ustedes á que lo crean.

En cuanto á sus cualidades morales, diré que Fernando estaba inscrito con buena nota en el padrón de vecinos, que era asiduo lector de las novelas de Ayguals de Izco, y que daba siempre tres cuartos en lugar de dos al chico que le vendía *El Cascabel* los domingos.

El carácter de Irene era encantador: hubiese sido incapaz de desobedecer á sus padres, si á sus padres se les hubiera ocurrido alguna vez la idea de mandarle cosas que la desagradaran; hubiera tratado con dulzura á sus doncellas, si las hubiese tenido, y nunca se hubiese irritado contra su peinadora y puéstola en la calle si en lugar de peinarse ella misma hubiera necesitado el auxilio de aquella artista.

Para pintar su esquisito gusto *literario* sólo diré que estaba abonada á la Zarzuela. Para formarse una idea de su ternura de corazón, bastará recordar cómo quería á Fernando.

¿Fernando é Irene! Cuando dos seres como estos se encuentran en el mundo, no tienen más remedio que amarse, aborrecerse, ó no hacerse caso. Fernando é Irene, habían escogido lo primero. Pareja más feliz que todas las que reparte la Guardia Veterana por las calles, éstas la conocían y se regocijaban en lo íntimo de sus conductos de gas al verse pisadas por los dos amantes, y se engalanaban con su pomposo atavío de cáscaras de melones y ollejos de patatas para festejar su paso y tomar parte en sus tiernos amores.

La naturaleza toda se unía al delicado poema de su cariño y mantenía con sus corazones estrecha y misteriosa correspondencia.

Para ellos se pintaban verde todas las primaveras, las fundas de los árboles de la calle de Alcalá; para ellos rielaba la luna en la ría de los Campos Elíseos; para ellos esponjaban al sol su brillante plumaje los faisanes y los cacatúas de la plazuela de Santa Ana; para ellos, sólo para ellos, balaban con dulzura los corderillos que tiran de los coches en la plaza de Oriente.

Los actos más sencillos y los más difíciles de la vida, las esperanzas más próximas y las más remotas, las ilusiones, los planes y los caprichos fáciles de realizar, como los más difíciles, la riqueza, el fausto, la moda, todo, en fin, lo relacionaban tan estrechamente con su eterna unión, que esta era siempre la base de que partían, el objeto á que se encaminaban unos y otras.

Así Fernando nunca pensaba en llegar á ser oficial de Administración Militar (en la actualidad era aspirante á auxiliar supernumerario), sino para figurarse qué efecto haría la mano de Irene entrelazada con su brazo y des-



cansando con muelle abandono sobre las sardinetas, palmas y galones de la bocamanga de su levita de gala; así también Irene, si alguna vez al pasar por una tienda de objetos de Filipinas veía una sombrilla blanca bordada de pájaros verdes, de jiraldas amarillas y de chinos encarnados con caras de marfil, ó un tarjetero de filigrana con más figuras que la retórica y más tumulto que la acción de Vicálvaro, no codiciaba estas preciosas prendas por ella misma, sino por pensar qué bien sentarian en la mano de su querido Fernando cuando vestido de negro y con guante blanco la acompañase por las calles para pagar sus visitas de boda, así, por último, si pasando en compañía de la madre ó del padre de Irene por delante de un tirolés, les llamaba la atención un secreter maquero ó un paisaje en cristal representando una erupción del Vesubio capaz de detener en su carrera por lo propio de su ejecución á cualquier bomba de incendios, ambos disculpaban en lo íntimo de su corazón la envidia que les causaban los afortunados poseedores de aquellos elegantes adornos, Irene destinándolos para el despacho de Fernando, éste figurándose cuán contenta se pondría Irene si él se los regalase para colocarlos en su tocador.

Almas candidas y sencillas, sin más experiencia que su amor ni más ilustración que la que les proporcionaba su cariño, cualquier otro sentimiento, cualquiera otra idea, cualquiera otra situación que no fuese la suya les parecería imposible, falsa é inverosímil.

¿Qué sabían ellos de esa metafísica de los corazones gastados, consejera y promovedora de infidelidades y sospechas? ¿Qué de esa suspicacia de los cerebros enfermos, inagotable fuente de infundados celos y peligrosas calicatas? ¿Qué se les alcanzaba de esos gloriosos triunfos, de esas brillantes traiciones, de esas conmovedoras á la vez que dulcísimas caídas con que otras gentes amenizan su existencia y apagan la ardiente sed de emociones que les devora?

Su inocencia en estas materias era completamente infantil, primitiva, casi salvaje.

Entre un hombre y una mujer no creían, no podían creer que existiesen más relaciones que la de encontrarse por el mundo para ser novios, y la de ser novios para andar por el mundo de *bracero* con la autorización del párroco.

Un día que fueron en familia al paraíso del Teatro Real á ver el *Fausto*, salieron muy convencidos de que Fausto era el novio de Margarita, y Siebel un pícaro que había venido á descomponer la boda.

(Se continuará).

### SONETO INÉDITO.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el siguiente soneto debido á la pluma del eminente poeta, cuya pérdida lloran las letras españolas. Nuestro querido amigo y distinguido colaborador D. Ricardo de la Vega, al facilitarnos esta composición que sale por primera vez á luz en las columnas de EL ARTE, nos ha prometido algunas otras también inéditas.

Si todo lo que ha producido el esclarecido ingenio

del que escribió *El Hombre de mundo* tiene tanto valor para los amantes de las letras, ¿qué no valdrán estas preciosas flores que se abren sobre su tumba?

Al publicar esta composición y las que insertaremos más adelante, tenemos la seguridad de prestar un servicio á la literatura, haciendo conocer al público todo lo que ha quedado del que poco há desapareció de entre nosotros, dejando un rastro luminoso de su existencia.

No queremos dejar la pluma sin consignar nuestro profundo agradecimiento á D. Ricardo de la Vega por la señalada honra que nos hace, por el inestimable favor que nos dispensa. Sirvanle estas líneas de muestra de nuestra gratitud y del placer con que aceptamos las composiciones de su padre, para nuestro amigo reliquias cariñosas, verdaderas joyas literarias para el público.

### SONETO.

Déjame penetrar, dueño querido,  
En el jardín que alegra tu aposento,  
Y en el tronco de un árbol corpulento  
Mi pobre nombre dejaré esculpido.

Tú, en las mañanas del abril florido  
Dando tu negra cabellera al viento,  
A solazarte irás, y allí un momento  
Verás mi nombre, para tí en olvido.

Esto te pido en lágrimas deshecho,  
Yo que te adoro aunque mi amor te asombre;  
Otro habrá que se juzgue con derecho

A merecer tu amor. ¡Dichoso el hombre  
Que logre penetrar tu tierno pecho  
Y allá en tu corazón grabar su nombre.

VENTURA DE LA VEGA.

### AL GÉNIO.

PARA EL ÁLBUM DE ROSSI.

El génio es divino: la luz de que emana,  
Es luz de una estrella que enciende el Señor;  
La gloria es del génio la mágica hermana;  
Bien haya la frente que altiva se ufana,  
Mostrando el destello del divo fulgor.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

28 de Setiembre de 1866.

### DOS PUERTAS.

BALADA.

El cielo está oscuro, la calle desierta;  
Me infunde temores el viento que brama:  
Por más que doy gritos y toco á la puerta  
Mi madre no escucha mi voz que la llama:  
La tarde está triste, la tarde está fría.  
¡Abre, madre mía!



Si duermes, ¿qué sueño mi voz no desvela?  
Si rezas, ¿qué rezo mi voz no suspende?  
Besarte la mano tu Víctor anhela.  
Escucha mi ruego, mi súplica atiende...  
De asirse á la aldaba mi mano está fría.  
¡Abre, madre mia!

Si duermes, yo debo dejarla que duerma.  
¡Ya llueve! ¿Qué importa? Aquí esperar puedo.  
¡La pobre trabaja y está tan enferma!...  
No se lo que piense... ¡Madre!... Tengo miedo.  
¡Se acerca la noche, la noche sombría!  
¡Abre, madre mia!

Pueblan los vecinos la calle desierta;  
La calle, que extraños fulgores recibe.  
Hay gente en la casa... ¡Han roto la puerta!  
¡Se escuchan sollozos!... La madre no vive,  
Y el niño repite con grande agonía:  
¡Abre, madre mia!

JUAN JOSÉ HERRANZ.

6 de Octubre de 1866.

### ERNESTO ROSSI.

«Título obliga,» dicen los franceses, y llevando este periódico por título EL ARTE, ¿cómo sustraernos á la obligacion de escribir sobre el acontecimiento más artístico que Madrid ha presenciado durante el mes último, sobre la aparición del célebre Rossi en nuestra escena nacional? Entre las diversas opiniones que á propósito de este gran actor se vienen defendiendo por los amantes de la literatura, séanos lícito intercalar la nuestra humilde y apoyarla con algunos argumentos, á los cuales, si se les niega fuerza, no se les podrá negar sinceridad por parte de quien los aduce.

Para poder formar juicio exacto acerca de un artista ó de una obra de arte, se necesita ante todo tener muy presentes ciertos principios que no por ser elementales son universalmente admitidos, y cuyo olvido ó ignorancia estravia con harta facilidad á las inteligencias más firmes. Si al fallo de una crítica recta se someten varias obras, precisa desde luego clasificarlas y dar á cada una la importancia á que por su índole, por su género y por su estructura especial se haga digna; porque cuán grave no sería el error del crítico que colocase al mismo nivel todos los géneros, midiendo por igual rasero á la égloga y al poema épico, á la tragedia y al sainete. ¿Cómo hemos de comparar á Shakespeare con Molière ni á Calderon con Moratin? «La propiedad característica de los grandes génios, dice un escritor, es producir cada cual un ejemplar del hombre. Todos presentan á la humanidad un retrato, que ó rie, ó llora, ó piensa. Fígaro, Alceste, Hamlet, Prometeo, ... Beaumarchais y Molière no hay duda, son grandes poetas, pero Shakespeare y Esquilo son inmensos.»

Y si es esto cosa averiguada tratándose de autores, igual, si no mayor certidumbre deben tener los mismos

principios cuando se apliquen al examen de los actores que, en definitiva, sólo son el gran medio por donde llegan hasta nosotros las creaciones de los poetas.

En el arte como en todas las esferas de la actividad humana, hay individuos que se contentan con vivir modestamente en un círculo limitado, y otros que ambicionan romper los obstáculos y moverse en el mundo de los génios. La reputacion y la gloria: hé aquí los premios de ambas aspiraciones—premios distintos, porque distintos son los esfuerzos.

La reputacion apenas traspasa el sepulcro; con la gloria empieza la inmortalidad. Y aunque la gloria en este sentido sea cosa vedada á los actores, porque sus obras no pueden sobrevivirles, hay, sin embargo, entre ellos una escala, una gradacion, que corresponde exactamente á la dificultad de los géneros que cultivan. Por eso quien á la comedia exclusivamente se dedique no espere alcanzar nunca la corona de aquel otro que interprete con verdad y con espresion las más altas concepciones dramáticas, porque el trabajo de este será siempre superior al del primero. El arte tiene su base, su principio en el mundo real; y su término, su aspiracion, en el ideal: recorre por consecuencia esa gran línea que separa lo relativo de lo absoluto, y es tanto más grande cuanto más se acerca al segundo. Es la escala de Jacob que une la tierra con el cielo. Las figuras que están colocadas al pié de la escala son bellas, las que han llegado á lo alto son sublimes.

Sentadas estas consideraciones generales con la precipitacion que un artículo de periódico exige, entremos de lleno en el asunto capital y hagamos á los lectores partícipes, no ya de las impresiones que el Sr. Rossi ha producido en nuestro ánimo, sino del juicio que hemos llegado á formar de este actor despues de haberlo visto una y otra noche con atencion é imparcialidad. *Hamlet* ha sido la primera obra que en Madrid ha ejecutado Rossi. *Hamlet* que, en nuestro juicio, es la obra maestra de Shakespeare. Desde luego se ve al artista que ataca las grandes dificultades, que cultiva el gran arte: hay, pues, que clasificarlo entre los actores de primer orden; hay que levantarlo sobre el nivel de las medianías y aun de las notabilidades que no remontan el vuelo á tan elevada region, y una vez colocado en esta altura, á la que pocos llegan y de la cual es tan fácil despeñarse, fuerza será juzgar al célebre trágico sin pasion, pero con severidad.

*Hamlet* es una tragedia poco conocida del público español, y por eso el triunfo del Sr. Rossi ha sido en ella menos ruidoso que en otras obras. Sin embargo, ¡cuán admirablemente ha interpretado aquel carácter! ¡qué espresion, qué vida ha prestado su talento á las mejores escenas de este poema incomparable! Ha dicho un poeta que el arte tiene dos orejas: con una oye el bullicio del mundo, con la otra escucha los misterios de las tumbas. Y para escuchar estos profundos misterios ¡cuánto génio no se requiere! Para interpretar á *Hamlet* ¡cuánto trabajo no se necesita! porque *Hamlet* es un drama que sale de un sepulcro.

El actor que quiera representar el *Araro*, por ejemplo podrá conseguir cumplidamente su objeto estudiando con ahinco y con intelgencia todos los avaros que en-



cuentre en la sociedad... El actor que quiera convertirse en *Hamlet*, ¿dónde encontrará el tipo para estudiarlo? ¿dónde el modelo para seguirlo? ¿En el mundo, en la sociedad...? No; tiene que buscarlo fuera de allí. ¿Se comprende ahora bien por qué es enorme el peso de estos poemas, y por qué á quien echa sobre sus hombros tan pesada carga corresponde de justicia mayor alabanza que á quien sólo lleva en las espaldas un peso liviano?

*Otello* fué el segundo trabajo de Rossi, y en esta tragedia el éxito fué sorprendente, el triunfo fué completo. ¡Qué trasformacion tan maravillosa la del actor! El público que le habia visto en *Hamlet* no podia creer que aquel mismo fuese el moro de Venecia. Distinta voz, distinto semblante, hombre distinto. Esta variedad de tipos es uno de los más inapreciables secretos del teatro y constituye acaso la primera condicion del actor.

*Otello* es la oscuridad y *Yago* es el precipicio, dice Víctor Hugo; y, en efecto, ¡qué oscuridad tan admirable se revela en la fisonomía de Rossi! En el primer acto cuenta sus amores con aquella sencillez, con aquella verdad propias de un alma virgen, de un corazón casi salvaje, y así prepara portentosamente las terribles escenas de los últimos actos. En el tercero hace prodigios, y en el quinto se eleva á una inmensa altura. Indicar los rasgos culminantes del carácter de *Otello* y poner de manifiesto el partido que de este carácter ha sabido sacar Rossi, sería larga y difícil tarea, y al cabo innecesaria para el público que ha asistido á las representaciones.

Después de *Otello*, los dramas que más han entusiasmado fueron *Kean* y *Los dos sargentos franceses*. El segundo acto de esta última producción ofrece á Rossi vasto campo para desplegar sus inmensas facultades, y por eso no es extraño que reciba tantas y tan justas ovaciones cuantas veces lo repite.

De todo lo dicho se desprende que es Rossi digno, por la índole del género que cultiva, y por sus dotes propias, de figurar en primera línea entre los mejores actores contemporáneos. Sus facultades son extraordinarias, su voz sonora, potente, y tan flexible, que con igual facilidad emite las suaves notas del sentimiento, que los agudos gritos de la pasión. A esto se agrega un gran estudio y un profundo conocimiento del teatro, que resalta en cada detalle, en cada situación. Pero ingenuamente lo confesamos: entre esto y ser Talma ó ser Rachel, hay distancia. La misma Ristori no ha alcanzado ni alcanzará jamás un puesto al lado de estas figuras colosales. Para ello existe una razón suprema: ni la Ristori ni Rossi tienen la exquisita sensibilidad que en tan alto grado poseían aquellos dos seres privilegiados. Á ambos les falta corazón, y al decir que les falta claro es que hablamos relativamente, porque tratándose de eminencias hay que exigir mucho. Otro defecto hemos notado en el Sr. Rossi, defecto en parte de escuela; pero el buen gusto que condena lo malo de todas las escuelas, tendrá siempre que echarse en cara. Nos referimos á ciertas posiciones, impropias unas veces y otras vulgares, á las patadas en el suelo y otros abusos que en un actor de su talla son indisculpables.

No dejaremos la pluma sin consignar nuestro deseo

de que los aplausos que el público español tributa al famoso trágico despierten en nuestros jóvenes actores la afición á este género tan difícil y tan grande.

El realismo de lo que muy recientemente ha dado en llamarse nuestra escuela de declamación es excesivo é incapaz de elevar los ánimos á la altura que requiere cierta clase de obras.

La fatal manía de copiar servilmente lo que vemos en el mundo y nada más, ha sido el gravísimo mal que se ha apoderado de nuestros actores y que ha contaminado á nuestro público. ¡Como si el arte consistiese sólo en copiar la verdad de la naturaleza, como si no hubiese dicho hace muchos siglos un gran filósofo que el arte no es la verdad sino el resplandor de la verdad!

Estas y no otras razones son las que impiden el desarrollo de ciertos talentos, que si no abundan, al menos existen en España. Actores dramáticos hay que han dado muestras de sobrados bríos en distintas ocasiones. No se diga que faltan ya poetas, cuando no hace tanto tiempo que de plumas españolas brotaron *Los Amantes de Teruel*, *Don Alvaro* y *Virginia*. Cabalmente hace pocos días hemos oído leer un arreglo, ó mejor dicho, una imitación del *Rey Lear* debida á uno de los literatos más insignes con que se honra este país y en verdad declaramos que nos cautivó la tal lectura. Traducir y arreglar al autor del *Rey Lear* es arriesgada empresa. Ducis y Voltaire la acometieron con escasa fortuna. La obra española, maduramente pensada y superiormente escrita, abunda en rasgos dignos del original. Mucho sentimos que nuestros lectores en vez de convencerse de ello en el teatro tengan que contentarse con esta afirmación nuestra. Pero esta Revista se va haciendo demasiado larga, y justo será dar punto por hoy á nuestra tarea.

X.

## LOS CONCIERTOS INSTRUMENTALES.

### ARTÍCULO PRIMERO.

Nada más oportuno para un periódico cuya vida principia, ni nada más grato para los que le redactan que poder consignar un adelanto que honra al país, que enaltece á los que le han llevado á cabo, y que constituye un eslabón de la cadena que diariamente labra la humanidad: la civilización. Contestes están todos en que á ésta contribuye en mucha parte la dulzura de los caracteres, y contestes se hallan también en que hay medios muy acertados para modificarlos favorablemente. Entre estos medios, no es ciertamente el menos provechoso el estudio de las Bellas Artes, en cuyo número ocupa un lugar muy distinguido la música.

Por eso, con gran placer vemos que nuestra patria ha hecho siempre laudables esfuerzos para colocarse á la altura de las demás naciones en donde se ha concedido un privilegiado puesto á un arte tan sublime, y por eso escribimos hoy este artículo, desnudo de toda pretensión, consagrado á ensalzar, como de justicia se merecen, á los que han iniciado y llevado á efecto el pensamiento de los conciertos instrumentales, que, bajo la dirección de varios profesores de reputación conocida,



y muy especialmente de la del distinguido Sr. Barbieri, se han dado en las tres últimas temporadas de verano.

Con este pensamiento que puede muy bien llamársele grandioso, no sólo porque lo es en sí, sino por lo erizado de dificultades que se había de ver en su camino, se ha conseguido que el público de Madrid conozca las obras instrumentales de los grandes maestros, y particularmente las profundas de los filósofos del arte: de los maestros alemanes.

Sólo los verdaderos y entusiastas amantes del arte, sólo los que investigan la existencia de las bellezas musicales y para hallarlas corren con tanto afán como el avaro para descubrir un tesoro, sólo estos eran conocedores de esa música; y, por consiguiente, el querer aclimatarla (permítasenos la expresión) entre la generalidad del público, era idea tan loable como arriesgada, si se atiende á que estas obras, como las de *Hegel* ó *Kant*, no se hallan al alcance de todas las inteligencias, y que para apreciar su mérito es necesario haber recibido antes una conveniente preparación.

Ahora bien; ¿debemos ó no congratularnos por el resultado de los conciertos? Nadie dudará en respondernos afirmativamente. Debemos congratularnos, porque con ellos se han conseguido dos triunfos: uno que pertenece á la sociedad de profesores que los ha ejecutado, y otro legítimamente adquirido por la sociedad de la corte. Tenemos derecho á manifestar nuestro contento porque hemos visto prácticamente que sin salir de Madrid podemos gozar en las bellezas que hace poco tiempo sólo nos era dado oír en países extranjeros. Tenemos derecho á una completa enhorabuena porque la apatía que á tanto digno y notable artista estorbaba el lucimiento de sus facultades, ha desaparecido felizmente; porque contamos con directores que en nada desmerecen de los más notables de otras naciones; porque todas las personas que, guiadas por el interés del arte, han contribuido á la realización de tan laudable pensamiento, han desempeñado con fe la parte que en la ejecución de las obras les ha sido confiada. Y finalmente, debemos y podemos estar satisfechos porque una vez más se ha demostrado que el público español ama lo bello, acoge con entusiasmo lo bueno de donde quiera que parta, y tiene el sentimiento artístico tan bien desarrollado como el más poético de los pueblos. Si se le hacen oír plágios, vulgaridades y cosas indignas de su ilustración, podrá sufrirlas, pero no aprobarlas. Y si, obrándose una reacción acertada, se le presentan las obras más delicadas, las más profundas, las que más necesitan un estudio detenido para su comprensión, da pruebas de su buen juicio oyéndolas cuantas veces es necesario para estimar su lindeza y examinar su profundidad.

Este es el inmenso paso dado en el terreno del arte en favor del público de Madrid y de España toda. No se vea en él solamente el deleite que puede resultar de su buen éxito; otras cosas de más trascendencia encierra, y de las que nos ocuparemos más adelante si nuestros lectores manifiestan tomarse algún interés por estas cuestiones, de suyo importantes. Mírese el fondo de ellas y resérvese la indulgencia para el que, animado de una fe siempre creciente, se propone tratarlas sin nin-

guna otra cualidad que le haga digno de su desempeño.

Por no alargar este artículo, nos reservamos también el hablar de las obras que se han tocado en los conciertos de la última temporada y del género de ellas, así como estendernos acerca de su ejecución.

No podemos concluir sin felicitar á los profesores que componen la sociedad de conciertos, y á su ilustrado director, Sr. Barbieri, á quien tanto estamos debiendo los que profesamos el arte; asegurando á éste y á aquellos que, si sus buenos deseos siguen, como lo esperamos, no dejará de acudir el público á recompensar sus afanes con los aplausos debidos á su mérito indisputable.

J. ILDEFONSO JIMENO.

## VARIEDADES.

El Sr. Guilani, profesor de dibujo de la Academia de Almería, pinta en la actualidad con destino á la Exposición de París, un cuadro de grandes dimensiones que representa *La Civilización*.

El conocido escritor Sr. Jimenez Delgado, que es la persona que nos comunica la noticia, hace grandes elogios de la idea, de la armonía de la composición y de la belleza del colorido.

Nosotros sentimos que causas ajenas á la voluntad del Sr. Guilani le impidan presentar su cuadro en la Exposición que ha de verificarse en breve en esta corte, y celebramos que en nuestra patria se haya concebido y llevado á cabo una obra de arte de la importancia que, según el Sr. Jimenez Delgado, tiene *La Civilización*.

## ADVERTENCIA.

Ya por causas independientes de nuestra voluntad, y ya por nuestro afán de que EL ARTE fuese en su parte tipográfica digno de la confianza que le ha concedido el público, la aparición de este número, que debía haberse verificado el domingo anterior, se ha retrasado una semana. Suplicamos á nuestros suscritores que nos dispensen por esta vez una falta que no ha estado en nosotros evitar, y que no se repetirá en lo sucesivo. El jueves próximo daremos el segundo número que debía haberse publicado hoy, y ya desde el domingo continuará EL ARTE apareciendo con toda regularidad una vez á la semana. De esta manera, á fin de mes habrán recibido los suscritores todos los números de EL ARTE lo mismo que si éste hubiese empezado á salir en el día señalado en el prospecto.

Editor responsable: ELADIO LEZAMA.

Imprenta de J. Fernandez y compañía, Santa Catalina, 12.